

NUMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NUMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.

REVISTA TAURINA.

Se publica al siguiente día de verificada la corrida.

No se admiten suscripciones más que para Madrid.

EL PRIMERO... PERO NO EL ÚLTIMO.

De la *Historia del Toreo* (anales de Pepe-Hillo que publicaremos en su día).

Un cuarto de hora antes de la cita, Carmen estaba allí intranquila, ruborosa, tal vez arrepentida, como quien teme haber cometido una mala acción.

Había atravesado la calle de la Colegiata en compañía de una de sus más fieles domésticas, se había acercado a la escalinata de San Isidro, como mujer que intenta extraviar la pista de los que la persiguen; recatada por el embozo de su tupido manto había saltado mas tarde sobre un calesín, y minutos después el coche se retiraba de la puerta del *Rumbon*, y ella penetraba en una de las salas de la célebre hostería que llevaba este nombre.

Hemos dicho sala, y nos hemos equivocado, porque el lugar que ocupaba nuestra caprichosa joven, era un cuarto reducido, estrecho, con solo una pesada mesa de veteado pino en su centro, cuatro sillas colocadas al lado de las paredes, dos bancos mugrientos junto al hueco de un balconcillo que daba a la plaza, y un velon descomunal situado en una repisa de madera empotrada en el muro.

Solo algunos minutos faltarian para que el reloj diera las doce, cuando ella se permitió descender la zurcida cortina que ondeaba sobre los hierros del balcon movida por el viento de la noche. La Plaza de la Cebada ofrecia en aquellos instantes un espectáculo nada original; las luces de las farolas estaban ya apagadas; sólo una de ellas luchaba con su acortada vida, lanzando fugitivos resplandores; por las rendijas de las puertas medio entornadas se vislumbraban algunos rayos de luz y en algunas se oían carcajadas y gritos; el rumor de los pasos se hacia cada vez mas pronunciado con el silencio de la noche, y la luna era testigo mudo de todas aquellas escenas que pudieran tener lugar bajo el más recatado misterio.

La puerta de la pequeña estancia se abrió, y una voz conocida hizo a Carmen apartarse de su lugar de acecho.

Un hombre acababa de entrar, embozado hasta los ojos, en una larga capa de color grana. —Pepe-Hillo—dijo ella lanzando un entrecortado suspiro.

El recién-venido no hizo más que cerrar la puerta con el picaporte detras de sí, arrojar su holgada capa en una silla y descubrirse inmediatamente, luciendo sobre su espalda una larga cabellera, aprisionada en una redecilla. Y en efecto, Pepe-Hillo estaba allí con su media de seda, ceñida a la pierna; sus abuelos calzonnes a modo de finos gregüescos; la chorrera de la camisa, ocultando apenas las solapas de su chaquetilla, y el ancho castoreño en la mano, orlado por un cordón de seda azul con morillas de terciopelo rosa en su remate.

—He sido puntual, Condesa, a la cita—dijo después de una pausa el diestro—porque ya lo veis,

en mi reloj apenas han pasado dos minutos después de las doce.

—He leído que toreáis mañana, prorumpió en seguida Carmen afectando indiferencia.

—Es cierto.

—La duquesa de A..., mi amiga, se muestra orgullosa, porque dice que matais a la fiera con el estoque, en tanto que para ella son todas las miradas...

—Capricho suyo...

—Podrá ser cierto—interrumpió Carmen (1); pero es exacto que se habla en los salones de sus amores con el diestro andaluz; que se comentan sus entrevistas con usted en el paseo del Canal; que noches pasadas, en la verbena de San Juan, su brazo se apoyaba muellemente en el brazo de Pepe-Hillo y...

El diestro aludido interrumpió con una sonrisa las palabras de Carmen; ésta prosiguió:

—No es que esto me importe a mí nada, ni a mis amigas... pero deseamos todas las que frecuentan conmigo los palcos de la Plaza que nuestros nombres se mezclen a los brindis dirigidos al corregidor; que los capotes de las cuadrillas sirvan lo mismo de alfombra a los pies de la Duquesa que a los chapines de las ménos favorecidas; que no todos los toros sean brindados a una sola persona, y que nuestros apiausos al valor no sean castigados por el desprecio...

El reposo de la noche, la soledad que envolvía toda aquella estancia, la singular belleza de la joven Carmen, y aun más que todo esto, el influjo que presta siempre al alma la animada conversacion con una mujer hermosa, conturbaron el corazón de Hillo.

Por otra parte... ¿a qué venia a reducirse una cita ofrecida por una de las bellezas más favorecidas de la Corte, en aquel lugar, escondido de los enamorados y a aquella hora, ali-ciente el más poderoso del amor?...

Pepe-Hillo creyó encontrarse con una tapada de las que le agobiaban con sus embelesos, apasionada, ardiente, de ojos incentivos y procaces, uno de aquellos corazones que él sabía esclavizar en la Plaza con los rasgos de su valor y la aureola del triunfo.

Aquella mujer, que al recibirle habíase mostrado altiva, desdenosa, tal vez altanera, que sus primeras palabras habían sido una repulsa, inspirando todas sus frases en un sentimiento pueril de amor propio... ¿qué pretendia de él?... ¿a qué citarle allí, repetimos, y en aquella hora?...

El célebre lidiador, tan diestro en el juego con las reses como experto y conocedor en el corazón de la mujer, dibujó una sonrisa significativa en sus labios; entornó muellemente sus párpados; dejó caer su brazo izquierdo sobre la mesa, junto a la cual había tomado asiento, y con el derecho procuró ceñir la cintura de Carmen hasta oprimir cariñosamente el costado de la joven en una de sus manos.

(1) La Condesa de F., una de las amadas de Pepe-Hillo que hizo célebre en la Corte el galanteo del torero sevillano.

Como herida por el rayo, la Condesita se levantó palida, un tanto convulsa, con la misma sonrisa, jugueteando en su boca; el brillo de sus ojos retrataba una amorosa ira.

De aquella digna actitud, un escultor hubiera hecho la estatua del Desdén.

Hillo conoció al punto su papel y se levantó; como agitado por un sentimiento extraño, dió algunas vueltas por la habitación, y al fin se detuvo frente a Carmen.

—¿Queréis, señorita, murmuró el diestro, que las miradas de la Plaza, del paseo y de los Corrales se fijen en ese rostro de Virgen? Pues se fijaran; hacia tiempo que esos ojos me prestaban valor junto a la fiera; que ese cuerpo me hacia olvidar mis devaneos con la Duquesa; hacia tiempo tambien que ambicionaba escuchar el ruido de sus delicadas manos, aun a cambio de mi vida...

El rostro de Carmen se iba animando por momentos...

Pepe-Hillo continuó:

—Por todo esto yo no pido mas que cariño; una franca y leal amistad... y yo ensalzaré su nombre, y mi cuadrilla le tendera el capote para que sus pies no pisen la arena a la salida de los Jerónimos, y la misma reina se quedará oscurecida cuando, festejada por mí en la verbena, la Condesita de F., ataviada de sedas y abalorios, sea requiebrada ante el público por el rey de los toreros...

—¿Toreáis mañana?—fué la única frase con que Carmen contestó a estas alabanzas.

—Si Dios ó el tiempo no lo impiden... repuso Hillo con su habitual sonrisa.

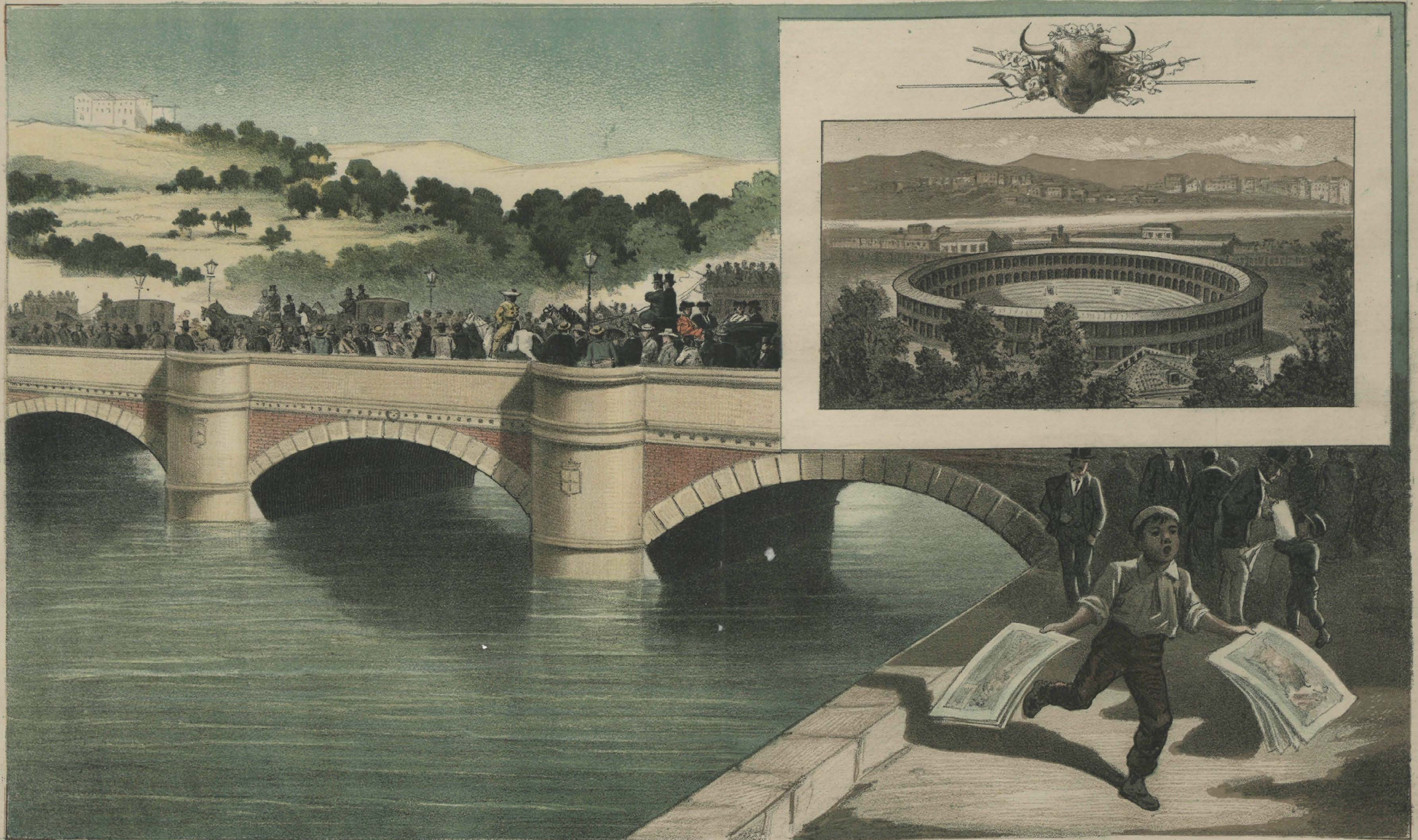
La joven ajustó de nuevo el manto junto a su rostro, tendió la mano al diestro y se lanzó a la puerta. Con más velocidad que un relámpago, el torero volvió a coger de nuevo la mano de Carmen, que ya tenía abierta la puerta; hizo un ligero esfuerzo para atraer aquel ligero cuerpo que se escapaba junto a su pecho; insistió con maña y doble fuerza hasta reunir el rostro de Carmen junto al suyo, y convulso, ardiente, enamorado, plegó sus labios contra los labios de la Condesa, que se lanzó a correr precipitadamente.

El célebre diestro permaneció algunos minutos en aquella estancia, saboreando en su imaginacion aquel beso que aún le ardía las entrañas.

Cogió su capa, embozóse en ella, se lanzó a la calle, y cuando pensativo y soñando penetraba ya en sus habitaciones, aún el perfumado hálito de la Condesa sentíalo rozar jugueton y lascivo sobre sus ardorosos labios.

Frente aquel palco número 21, que una anécdota del diestro sevillano hiciera célebre, ocupado por una mujer de rostro ovalado y tez casi diáfana, por cuyo transparente cutis parecían los nervios moverse en red de azuladas venas, de mirada tan expresiva que casi siempre miraba amando, y de labios tan ondulados en sus pliegues que casi siempre se movían riendo; frente aquel palco, decimos, sufrió el diestro José Delgado (alias) Hillo una de sus más ter-

LA LIDIA.



Lit. de J. Palacios.

SAN SEBASTIAN: PLAZA DE TOROS Y PUENTE DE STA. CATALINA.

Arenal, 27, Madrid.

ribles cogidas, en la tarde siguiente á la noche en que le vimos en la hostería del *Rumbon*.

Había brindado su segundo toro á la joven poseedora de aquella localidad: dueño ya del bicho en aquel mismo terreno que él había escogido para su triunfo, le trasteó con delicado arte; uno de los pases lo ejecutó el diestro de rodillas, en otro plegó la muleta hasta tocar con la mano los pitones del animal... Cuantos primeros creara la escuela sevillana, otros tantos encontrábalos. Hillo en aquella tarde entre los pliegues de su roja muleta: llegó el instante de liar, y lió... mientras el diestro, aprovechando el estar cuadrada la fiera, envolvía su mirada con la otra que fulguraba en el palco citado, el toro se había distraído del engaño... Sin más precedentes, el matador citó, y el asta del berrendo le hizo una herida grave en el muslo izquierdo.

Hicieronse comentarios de la cogida en todos los círculos; no se hablaba en Madrid de otra cosa. Los aficionados se agolpaban presurosos á la casa del infortunado diestro... la Duquesa de A. suspendió su anunciado baile; hicieronse rogativas en las iglesias, y el nombre de Pepe-Hillo era el tema obligado de todas las damas.

Los salones de la favorecida joven, por quien el lidiador había brindado la muerte de la fiera, vieron asaltados por numeroso gentío. Las doce de la noche serían, cuando la dueña de la casa manifestó á sus contertulios que esperaba orden directa del estado del diestro.

Un criado presentóse á los breves instantes: traía un billete lacrado con orden expresa de ser entregado á su señora. La Condesita de F. reconoció la letra del herido matador...

[No podía darse una prueba mayor de caballerosidad, de dominio sobre sí mismo y de constancia!...

El billete, firmado por Pepe-Hillo, contenía estas únicas palabras:

«La herida es grave, pero espero torear antes de quince días.»

[No olvide usted, Carmen, que nos quedamos en el primer beso!...

Con objeto de terminar los apuntes que el firmante de este artículo nos envió para su publicación, y que insertamos íntegros en nuestro núm. 21, damos hoy á conocer la última parte de los mismos. De nuevo volvemos á indicar, que *no insertaremos más trabajos que los de nuestra Redacción; que no nos hacemos solidarios de las ideas aquí expuestas, y que guardamos para mejor ocasión ir publicando en LA LIDIA una historia completa, erudita, llena de datos y curiosísimas anécdotas del Toreo, partiendo su relación desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.*

Solo nos resta dar las gracias al Sr. Beltrán y Martínez, y complacerle publicando su trabajo.

MÁS SOBRE LAS CORRIDAS DE TOROS.

III.

En el número 21 de este semanario, tratamos á vue- la pluma de los antecedentes históricos de nuestra fiesta favorita. En el presente hemos de permitirnos, también con suma ligereza, demostrar que las corridas de toros no son un espectáculo tan feroz é inhumano como se ha pretendido, y que antes bien existen, entre los que así la motejan, otras muchas diversiones que son una página en negro del adelanto y civilización, á cuya meta se ha soñado llegar, con ser enemigo de las corridas de toros.

Expresado esto, y dando aquí las más expresivas gracias al amable Director de LA LIDIA, que tan favorablemente se ha dignado acoger estos modestísimos apuntes, pasemos á ultimarlos, puesto que dedúcese claramente que este artículo es el complemento del anterior.

Imposible parecía que las corridas de toros pudieran salvarse de tantos y tan poderosos ataques como le han dirigido y llegado hasta nosotros victoriosas, después de haber atravesado las vicisitudes que alternativamente se opusieron á su esplendor y desarrollo. Cuantos medios puede sugerir la imaginación humana, han empleado mañosamente, tanto propios como extraños, para tratar de impedir á este pueblo los goces que en todo tiempo le ofreciera su predilecta y bulliciosa diversion.

La hipocresía, el espíritu de extranjerismo, y sobre todo una *afectada filosofía*, han sido, y son hoy mismo, los más encarnizados enemigos de la tauromaquia.

Una de las acusaciones más fuertes que se han hecho á nuestras corridas de toros, está fundada en si el hombre tiene ó no un derecho, para conducir al inocente toro y al generoso caballo á derramar su sangre en el circo para divertir al público. A esto contestaremos, que el hombre tiene un *derecho adquirido* para inmolarse á los animales que se multiplican bajo su cuidado, mucho más cuando satisface una necesidad tan urgente en el sentido social, como es proporcionar un espectáculo acomodado al gusto de la multitud.

Se hace además ridícula la acusación que de sangrienta

se fulmina contra nuestras fiestas, por oírse muchas veces por hombres que cometen mayores excesos con la indiferencia más fría, como sucede cuando se espanta y se horroriza uno, que presencia con gusto las carreras de caballos; en que además de verlos reventar á menudo, ve también, no pocas veces, quedar estropeado ó muerto el jinete, *grom* ó *yokey*, sin alterarse por esto, sino que tal vez se alegra, porque gana unos cuantos miles de pesetas que lleva jugados á favor del contrario. Y qué diremos del horror que suele inspirar nuestras fiestas al tético inglés! Este, familiarizado con el suicidio, le conmueve la muerte de los caballos, mientras que asiste ansioso al *pugilato*, donde ve luchar, no á dos fieras, no á un hombre con una fiera, sino á dos hombres, que arrastrados por el interés más vil acometen á un semejante, á un conocido, á un amigo quizás, para destrozarlo, magullarlo y acabar con él si preciso fuere: estos espectáculos han ocupado á uno de los pueblos más civilizados de la moderna Europa, autorizados por el gobierno hasta muy pocos años hace, y aun en el día, aunque clandestinamente, se sostiene y aplaude el *boxeo*.

Después de esto, llámenenos bárbaros porque sostenemos las corridas de toros.

Es por demás doloroso recibir esas amargas censuras y esas fuertes calificaciones que nos han proligado la *generosidad* de los que, afectados de extranjerismo, odian nuestras fiestas, como si aquellas diversiones fuesen más cultas y filantrópicas que éstas.

Además, las puestas, el interés, el juego, en fin, que en ellas se desarrolla, bastaría solo para condenarlas, si no fuera suficiente á ello, el ser mucho más sangüinarios y menos nobles los espectáculos referidos que nuestra fiesta nacional.

No hablaremos de otras muchas diversiones que podríamos citar; y si cada una de ellas refleja, como así es, los sentimientos del pueblo que las inspira, bien hayan las corridas de toros que reflejan los sentimientos de valor, destreza y arrogancia del pueblo español.

Pero conviene repetir aquí, que si los españoles somos dados á estas diversiones varoniles, y aun heroicas, lo debemos en mucha parte, como históricamente lo demostramos en nuestro anterior artículo, á los extranjeros (los moros), que *nos visitaron* y sembraron entre nosotros una semilla que por fortuna ha fructificado más de lo que ellos hubieran deseado...

Para concluir: si las corridas de toros no se han generalizado en las principales capitales de Europa, ha sido porque en algunas, si hay hombres para los toros, no hay toros para los hombres; en otras, á la inversa, si hay toros para los hombres, no hay hombres para los toros; y en casi todas ellas, ni hombres ni toros que sean á propósito y capaces de lidiarse debidamente en el circo taurino.

No se nos juzgue tan desapiadadamente, y véase como no es todo buena fé, y si mucha ligereza, al juzgar nuestras fiestas.

Ultimamente, recordaremos á los refractarios á las corridas de toros y amantes de otros espectáculos más sangüinarios é inciviles que el nuestro, aquellos versos del inmortal Cervantes:

*Pues es un gran desali...
Tirar piedras á un teja...
Teniendo el suyo de vi...*

JUAN BELTRÁN Y MARTÍNEZ.

Á LO DESCONOCIDO...

Sr. D. A. S.—SORIA.—Podemos afirmarle rotundamente que en el tiempo en que el notable Pepe-Hillo escribía su *Tauromaquia*, se conocía ya la suerte de *recibir*; prueba de ello, su célebre frase: «Me agrada tanto recibir toros, como recoger aplausos.» Prueba de ello también, la explicación que da de la *Suerte de muerte* en su citado libro, y que es como sigue: «Consiste esta suerte en situarse el diestro á la derecha, metido en el centro del toro, con la muleta en la mano izquierda, más ó menos recogida; pero siempre baja, y la espada en la otra, cuadrado el cuerpo y con el brazo reservado para meter á su tiempo la estocada; cita así al toro, y luego que le parte, llega á jurisdicción, y huyilla al mismo tiempo que hace en el centro el quiebro de muleta; mete la espada al toro, y consigue por este orden dar la estocada dentro y quedarse fuera al tiempo de la cabezada.» Como se ve, el célebre diestro no hace aquí mención de la palabra *recibir*, pero la define y explica tal como él la practicaba; suerte que se bautizó de ese modo, porque en realidad el diestro *cita*, y recibe quebrando el empuje de la fiera, esperándola sin moverse en su terreno. Como último dato erudito, advertiremos que tenemos en nuestro poder la copia de una escritura, con la firma auténtica de Hillo, en la que se compromete á matar 16 toros en dos tardes sucesivas; consta en los archivos de la Plaza, á que nos referiremos el día que demos á luz dicho documento, que en la primera de dichas tardes mató el gran diestro cuatro toros, de cuatro grandes estocadas, en la referida suerte. En cuanto al inventor de ella, no puede precisarse; pues el maestro P. Romero no hizo más que *perfeccionar* lo que ya conocía de sus antecesores.

Queda usted complacido en lo que se sirve manifestarnos.

Sr. D. D. M. Garrocha.—MADRID.—Nos complace en el alma haga usted constar en su apreciable carta que *se declara acérrimo partidario de las opiniones sustentadas por LA LIDIA*; y en prueba de su justa imparcialidad, nos critica la falta de originalidad en nuestra biografía del *Salamanguino*. No queremos sincerarnos de las censuras, así como envenecemos con los aplausos. Rogámosle, si, tenga en cuenta que en el mismo número ya ofrecíamos un estudio detenido del malogrado diestro, con ciertos detalles de su vida, anécdotas y sucesos referentes á su carrera; tratábase por nosotros de hacer un estudio necrológico, y comprendimos que para ello bastaban cuatro datos de su vida... ¿qué originalidad puede haber en la fecha de su nacimiento, nombre de las plazas recorridas, detalles más ó menos circunstanciados de su carácter?... En lo que sí fuimos, y debemos ser originales, fué en nuestra modesta *apreciación* sobre el diestro; en la exposición de sus méritos en referencia con sus coetáneos, en todo aquello que el firmante de la carta no habrá visto, ni publicado en ningún libro que se refiera al difunto Julian Casas. Dicho artículo fué, pues, un artículo *necrológico*, de oportunidad, de momento; un recuerdo á su muerte, un estudio moral de toda su vida. Hablamos del torero, y callamos acerca del hombre... no se hará esperar, como anhela el inteligente Garrocha, que hablemos muy pronto, tanto del hombre, como del lidiador.

MANUEL GALLARDO.

A los cuarenta y dos años de edad, ha fallecido en Jerez, el día 17 del corriente, el infortunado picador de toros con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

Gallardo nació en el Puerto de Santa María el 17 de Setiembre de 1840. Fué su padre el célebre picador Juan Gallardo, picador valiente hasta la temeridad, que, como decía de él el célebre *Chiclanero*, «*se curaba con las palmas los dolores de sus caídas.*»

El malogrado hijo, nunca pudo imitar á su valiente padre ni en la valentía al arremeter, ni en la codicia al citar, ni en la fuerte pujanza de su brazo; era, sí, un picador de algún mérito, que tomaba los toros por derecho, si bien antes de tiempo se apartaba de la suerte; era bastante trabajador, y menos cogidas hubiera contado su cuerpo si al empuje del brazo hubiera reunido el acierto de herir á las reses en el sitio donde tienen el castigo.

Toreó en la Plaza de Sevilla con Manuel Domínguez el día 26 de Setiembre de 1868, y un año más tarde, en 21 de Julio de 1869, picó por primera vez, en la Plaza de Madrid, toros de D. Vicente Martínez.

Varias fueron sus cogidas. En la Plaza de Cádiz, sufrió una de alguna consideración de un toro de D.^a Dolores Monje; ya el 20 de Mayo de 1868 había recibido otra de un toro del Saltillo.

El 18 de Mayo del año actual trabajó en Valencia, y el último toro de la corrida, del Sr. Marqués del Saltillo, le dió una caída terrible, de la que salió tan lastimado, que fué preciso conducirlo al Hospital, donde resultó con una clavícula y tres costillas partidas. A pesar de que en la última corrida celebrada en Cádiz le vimos trabajar, no sin grandes apuros, comprendimos su gravísimo estado cuando tuvo que regresar á Jerez con una lesión respetable en el corazón que le llevó al sepulcro.

La caída que sufrió en Valencia le fué acortando la vida, hasta que sucumbió el infeliz picador molesto por agudísimos dolores.

¡Sirvan estas líneas de fiel expresión de nuestros sentimientos!

ANUNCIO.

LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

Administración: Plaza del Biombo, 4, bajo.

Se admiten suscripciones exclusivamente para Madrid en las principales librerías y en la calle del Arenal, núm. 27, Litografía.

PRECIO: Por un trimestre, 2.50 pesetas.

Imprenta de José M. Ducazcal, Plaza de Isabel II, 6,